



Don José Quadrio

Su padre era una persona reservada, a veces arisco, pero inteligente y bueno, muy apreciado por la gente. Había sido alcalde del pueblo antes del fascismo. Cuando sus ocho hijos tenían necesidad de zapatos y vestidos, junto con otros del mismo pueblo iba a Suiza a trabajar de bracero.

José nació en 1921 en Sondrio, Italia. Siempre recordaría "mis hermosas montañas". Y llevaría en el corazón la admiración y el afecto de su gente.

la santa comunión... fue entonces cuando me volvió más fuerte, más vivo, el pensamiento de hacerme sacerdote. Eran años económicamente difíciles, pero el padre y la madre no pusieron dificultades. El párroco lo dirigió al Instituto misionero de Ivrea, donde en sólo tres años hizo todos los cinco cursos del bachillerato, mostrando una inteligencia brillante y sólida.

Era el año 1943, e Italia sentía ya el viento caliente de la segunda guerra mundial. La gente se hacía más seria y preocupada mientras las casas se derrumbaban bajo las bombas y los niños enflaquecían de hambre. José Quadrio siente también

La vocación se la dieron Dios y su madre. Pero floreció leyendo un libro que su párroco le había dejado, la Vida de Don Bosco. "La leía cuando iba al pastoreo. Desde aquellas páginas Don Bosco me fascinó. Yo no me cansaré de bendecir aquel libro mientras viva".

Había hecho el propósito de ir a la iglesia a hacer una visita al Santísimo Sacramento. Le costaba, porque los compañeros le tomaban el pelo: "Un auténtico martirio de burlas. Cada día oía la santa misa, hacia

que la juventud se le ha terminado, que las opciones se hacen decisivas. Y escribe: "Ahora me encuentro en la encrucijada. O sacerdote santo, o medio sacerdote. No quiero escaparme de la elección, no puedo retrasar la decisión. Quiero dejar de vivir burguesemente al estilo ordinario. El santo no puede vivir al estilo ordinario, más o menos, dando mucho a Dios y guardándose alguna cosa para sí".

Cuando las sirenas anuncian el fin de la guerra, Roma está plagada de muchachitos sin familia y sin casa, que "se las arreglan para vivir". José no quita nada de su tiempo al estudio, pero el tiempo libre lo dedica a esos muchachitos rechazados. Y mientras sirve a esos niños cubiertos de harapos y de insectos, a los que considera preciosos, hijos de Dios como él, José Quadrio adquiere una gran familiaridad con el Señor. Lo llama "mi Hermano, mi Amor, mi Futuro, mi Sabiduría, mi Luz, mi Maestro, mi Todo".

La navidad de 1945, junto con otros estudiantes salesianos, la pasa con los niños de la calle. "Por la noche he ayudado a preparar doscientas cincuenta bolsas navideñas -escribe-. Durante el día he probado trescientos vestidos. Distribución de todo el 25 de diciembre. El 27, primera comunión de ochenta niños vagabundos. Oh Jesús, te adoro en tus pobres hermanitos".

El estudio y la dedicación a los muchachos de la calle lo llevan al borde del agotamiento. El 3 de noviembre de 1945 fue premiado con medalla de oro como mejor alumno de la Universidad.

Doce meses después recibe un encargo delicado: la solemne disputa teológica pública, en la que deberá defender, en presencia de nueve cardenales y del futuro papa Pablo VI, la definibilidad dogmática de la Asunción de la Virgen al cielo. Es un acontecimiento clamoroso del que

hablan los periódicos. Inmediatamente después inicia su preparación a la ordenación sacerdotal.

16 de marzo de 1947. Don José Quadrio es sacerdote. Tiene veintiséis años. Los superiores lo destinaron a una ocupación delicadísima: profesor y formador de otros sacerdotes. Por esto, él vuelve a Roma por dos años, y con intenso trabajo prepara y obtiene el doctorado en teología. Su salud física está notablemente debilitada, pero los superiores insisten en que en el otoño de 1949 inicie normalmente su enseñanza en Turín. Y don Quadrio lo consigue.

Sus lecciones claras, seguras, serenas, doctrina sólida y su lenguaje sencillo, hacen pensar a más de uno: "Vamos a tener un magnífico profesor por años y años". Nadie sabe que el joven y brillante profesor tiene por delante solamente 12 años de vida.


Un malestar general lo molestó ya en el otoño de 1951, de regreso de Alemania, adonde había ido a perfeccionar su alemán. El encuentro con el dolor es duro. De pronto se siente aislado, olvidado. Y escribe: "Señor, te ofrezco esta hora de agonía. Confieso que he saboreado sin rechazarla la amargura de la soledad, de la indiferencia y del abandono por parte de quien yo pensaba de manera egoísta que me estaba más cercano".

Mientras enseña, trabaja sobre sí mismo con la fuerza que cada día le da el Señor. En rápidos apuntes escribe: "Seré un verdadero hermano para cada uno de mis estudiantes: cordial, amable, sonriente, acogedor. Buscaré a aquellos que no se me acercan, animaré a los tímidos, consolaré a los desanimados; seré el primero en saludar a quien encuentre, venceré la timidez y la displicencia". Y también: "Ser y no parecer; dar, no regatear; trabajar, no agitarse; rezar, no recitar oracio-

nes". En él madura una profunda sabiduría humana, una ternura y una sensibilidad rara, una serenidad y una fuerza interior sin resquicios, una bondad complaciente y un humor finísimo, una disponibilidad generosa a las demandas más diversas.

El 4 de julio de 1960 ingresó en el hospital por un malestar prolongado. El diagnóstico es cruel: linfocarcinoma maligno. Su vida está en la estación terminal. Tiene treinta y nueve años. La noticia no es para él "un mazazo", "un desbarajuste de programa". Al Rector Mayor, que le escribe que toda la congregación está rezando para que don Rúa le obtenga el milagro, le responde: "El gran milagro que don Rúa me ha hecho desde el primer anuncio es una paz inmerecida y suavísima, que hace de estos días de espera prolongada los más hermosos y felices de mi vida".

Y también: "He aprendido lo hermoso que es esperar al Señor. Dios es verdaderamente bueno". Comienzan las idas y vueltas del hospital, los cuidados. Y de golpe descubre una nueva dimensión de su apostolado: "En mi habitación, en el hospital, he descubierto que esta es una forma de evangelizar siempre a cualquiera y en todas partes". "Es una experiencia que durante estos días me ha impresionado mucho: la de encontrar detrás de cada vestido (blanco, rojo o negro) almas sensibilísimas a la bondad y necesitadas de comprensión. Se diría que todos están a la espera, y no saben resistirse a la bondad sencilla y clara".

La muerte ya está ahí, y él escribe. "Siento la mano del Padre celestial sobre mis hombros, y me encuentro en una paz perfecta". Dios le salió al encuentro en la tarde del 23 de octubre de 1963. 



P. Joaquín Montero:

"Desde entonces comencé a acariciar la idea"

Una mañana del 1938, en San Marcos de Tarrazú (Costa Rica), después de haberle ayudado a la misa a mi párroco, él me dijo: -Ya terminaste el sexto grado, ¿qué te gustaría estudiar? Yo no le había pensado. -¿No te gustaría ser sacerdote?-, insistió. -Sí me gustaría,- le contesté. Desde entonces comencé a acariciar la idea.

El párroco hizo gestiones para conseguirme una beca en el seminario diocesano, pero no fue posible. Seguí esperando año tras año. Mi familia era pobre, yo trabajaba como mensajero-cartero del pueblo, trabajé también en un establecimiento comercial y luego como telegrafista hasta la revolución de 1948.

Por los servicios prestados como telegrafista me trasladaron ese año a la Oficina Central de San José. Como asistía a misa casi todos los días en la capilla del Colegio Los Ángeles, el monaguillo me invitó un día al Oratorio del Colegio Don Bosco.